

Narcisismo estratégico

La política tardosoviética en Asia, según Radchenko

Unwanted Visionaries.

The Soviet Failure in Asia and the End of Cold War

SERGEY RADCHENKO

New York, Oxford University Press, 2014, 400 páginas

ISBN: 978-0-19-993877-3

[Edición Kindle]



El autor de la obra, Sergey Radchenko es un reconocido especialista procedente de la London School of Economics, que pasó varios años impartiendo como profesor en la University of Nottingham - Ningbo China, donde dirigió también el Institute of Asia Pacific Studies. Su área de conocimiento abarca la política soviética en Asia Oriental, en tiempos de la Guerra Fría, lo que incluye las relaciones chino-soviéticas, pero también nipo-soviéticas, relaciones exteriores de China, diplomacia nuclear y crisis así como historia de Corea del Norte y Mongolia, en relación a los asuntos mencionados.

Unwanted Visionaries tiene el interés de ser un libro que ofrece conclusiones claras sobre una serie de asuntos situados en la zona de sombra de la contemporánea historiografía occidental –es decir, básicamente anglófona– por lo cual han quedado arrinconados o, lo que es peor, se han resuelto a partir de sobreentendidos que han demostrado tener escasa base real. Centrados en el espectacular final del enfrentamiento bipolar en Europa y Occidente, los medios de comunicación primero y los manuales de historia después han tendido a pasar por alto que la Guerra Fría no quedó resuelta de la misma forma en Asia, si es que realmente concluyó en 1991. Por ello, a poco que el lector tenga algún interés en esa amplia región del mundo, en el estudio de la Guerra Fría o de la Historia Ac-

tual en general, se sentirá atraído por el caudal de información y conclusiones renovadoras que ofrece la obra de Radchenko.

El marco general de sus tesis parte de la incapacidad soviética para erigirse en una verdadera potencia asiática. Y eso a pesar de que Moscú haya tendido tradicionalmente –incluso en la actualidad– a elaborar grandes líneas estratégicas que tarde o temprano se revelaban carentes de base por no ceñirse de forma realista a la complejidad multiforme de Asia. Un conjunto de planes de lenta ejecución, lastrados por la burocracia y poco o nada sagaces. El autor se centra en los postreros años de la Guerra Fría –y por tanto de la misma Unión Soviética– para demostrarlo paso a paso a partir de las relaciones de Moscú con China, Japón, Vietnam y Corea del Norte, la aportación de Gorbachov, e incluso la evolución de la política exterior de la nueva Rusia post-soviética en la zona a partir de 1991.

Dentro de ese esquema resulta muy interesante la doble imagen que muestra de Gorbachev: el idealista y pacificador pero también el gran estratega de la Guerra Fría que intenta recuperar protagonismo para la URSS con el desarrollo de una política hegemónica en Asia. El plan falla porque se basa en la falsa idea de que la Unión Soviética puede erigirse en líder regional, un mito que Moscú arrastra incluso desde los tiempos del zarismo. El núcleo de la estrategia gorbachoviana radicaba en el triángulo estratégico URSS-China-India, una concepción que fue el precedente de los actuales intentos de Putin para liderar a los BRICS a partir del apoyo en Pekín y Delhi. La iniciativa de Gorbachov, desarrollada a lo largo de todo el periodo de la “perestroika”, formaba parte del intento por “rentabilizar” la disfuncional mancomunidad socialista en Europa, África y América, con toda su carga de compromisos y embrollos, reinventando la Unión Soviética como una potencia asiática.

El resultado fue una política confusa, dubitativa y lenta, lastrada por prejuicios y muy poco convincente. La forma en que se abordó la guerra en Afganistán es un buen ejemplo de todo ello. Si bien en su día la retirada soviética se presentó como una victoria política de Gorbachev, lo cierto es que el nuevo dirigente tardó dos años en comprobar que la guerra no se podía ganar y que la reconciliación nacional tampoco funcionaba. Después siguieron otros dos años hasta que los últimos soldados dejaron atrás el conflicto. Por el camino, el gobierno de Kabul se vio sin apoyo para implantar reformas en profundidad, a la par que la insurgencia cobraba renovados bríos. En conjunto, este “largo adiós” mostró precisamente la incapacidad soviética para manejarse como una superpotencia en Asia.

La misma política dubitativa se aplicó en el conflicto coreano, donde el Norte se venía beneficiando de una masiva ayuda económica y militar de la Unión Soviética, sin que Moscú lograra imponer la necesaria autoridad sobre Kim Il Sung. Sólo a la altura de 1988 Gorbachev llegó a la conclusión de que un acercamiento a Corea del Sur resultaría beneficioso. Aún así, sólo se reconoció al régimen de Seul en 1990, de lo cual salió más beneficiado éste que la Unión Soviética.

Las relaciones con China compendian los errores estratégicos cometidos por Gorbachev en Asia. Muy en la estela de la época, todavía hoy abundan los historiadores y analistas que no se cuestionan la posibilidad de que el modelo reformista adecuado para las superpotencias socialistas era más el chino que el soviético. “Gorbachev creía que navegaba en aguas inexploradas –escribe Radchenko– y en muchos aspectos era así. Pero también resulta notable considerar hasta qué punto ignoró, o incluso descartó, la experiencia reformista china” (posición 306). La conciencia de una falsa superioridad en la jerarquía ideológica de un mundo socialista por entonces en quiebra, fue determinante para no querer asumir que la URSS no estaba preparada para una democratización radical, cosa que sí se entendió en el Pekín de Deng Xiaoping; y más a partir, precisamente, de la traumática experiencia soviética.

No menos relevante: el autor le concede una especial importancia a otro desacierto de la diplomacia impulsada por Gorbachev en Asia: el fallido acercamiento de la Unión Soviética a Japón, como forma de contrarrestar el pacto chino-japonés de 1978. Aquí debe de hacerse la salvedad de que no toda la responsabilidad correspondió a los soviéticos; Tokio mantuvo una política bastante intransigente, relacionada con la negociación en torno a las cuestiones territoriales pendientes con la URSS sobre las islas Kuriles, el sur de Sajalin la isla de Shikotan y el archipiélago Jabomai (los denominados Territorios del Norte). Pero una vez más, la inercia de la diplomacia soviética, el mantenimiento de nutridas fuerzas militares en los Territorios del Norte y los problemas económicos de la URSS hicieron inviable encontrar un punto de partida sólido para la negociación. De esa forma, Japón siguió siendo un aliado fiel de los Estados Unidos, cerrado al acercamiento con la Unión Soviética. Pero para Radchenko, Moscú falló a la hora de entender que la cuestión de los Territorios del Norte no era sino un síntoma y que los policy makers soviéticos no terminaron de entender la importancia de obtener alguna forma de compromiso con los japoneses. China, que tenía muchas más razones para fracasar en su acercamiento al Japón, logró firmar un provechoso tratado de paz que supuso la obtención de know-how tecnológico, muy relevante para su modernización económica.

Para concluir, Radchenko considera que el estatus de la nueva Rusia surgida de la descomposición de la Unión Soviética ha favorecido su posición en Asia desde

COREA DEL NORTE, LA TRANSICIÓN INVISIBLE

el final de la Guerra Fría. No es que la mejora haya sido excepcional, pero al menos ha terminado con las tiranteces ideológicas –especialmente en las relaciones chino-rusas- y la política de confrontación sistemática basada en la distribución por bloques. Y, sobre todo, ha reconfigurado la presencia rusa en Asia a proporciones diplomáticas más realistas, basadas en intercambios comerciales, relaciones bilaterales y proyectos de cooperación regional. Pero todo ello a cambio de hacer de Rusia un actor mucho menos influyente en Asia de lo que lo fue la Unión Soviética.